Algunos relatos: "Una conversación con Ginebra"

Samuel Linares

Image not found.

Capítulo 1

Una conversación con Ginebra.

cuando entró, el hombre se dirigió directamente hacia la mujer. estaba sentada en una de las mesas. ella llevaba puesto un sombrero que le tapaba la mitad de la cara y unas gafas de sol. él se sentó frente a ella. al verlo, se quitó las gafas y le miró profundamente. él dibujaba una sonrisa que apenas podía verse. una de las lámparas de luz amarilla los iluminaba por encima igual que un foco casi teatral. entre las manos de la mujer había un vaso alto con ginebra con hielo y una rodaja de limón. yo mismo la había preparado minutos antes. llevaba ya casi media hora esperándole. ahora sabía que le esperaba. estuvieron mirándose unos pocos minutos. nadie apartaba la vista de nadie. ni siquiera yo, que estaba limpiando la barra con un trapo. los demás parroquianos estaban al fondo del bar, donde la luz casi no llega, sentados en sus mesas bebiendo en silencio. la primera en hablar fue ella.

-Llevo casi media hora esperándote. – pronunció débilmente.

-Ya estoy aquí. – respondió él.

hubo un pequeño silencio.

-¿Desde cuando bebes? – le preguntó el hombre.

-Desde que te conocí.

el hombre rió.

-No fue para tanto.

-¡Sí! ¡Lo fue! ¡Maldito!

algunos borrachos alzaron la cabeza. yo miraba expectante.

-Cálmate.

-¡No quiero calmarme!

-Oye, has sido tú la que quería verme para hablar. Háblame y no me grites.

-Es imposible hablarte.

-Ni siquiera lo has intentado.

-No ahora.

-Ni tampoco antes.

-¡Maldito!

-¡Deja de insultarme! – respondiole, riendo.

-¿Sabes el daño que me has hecho? ¡¿Lo sabes?!

él la miro sonriendo y con los labios entornados.

-El daño que quería hacerte es el que te hice.

ella se levantó, enfadada.

-¡Eres un loco! ¡Te voy a denunciar!

-¡A los locos se los mata, no se los denuncia!

se marchó, rápido y enfadada. no había pagado la ginebra. el hombre rió unos segundos. cogió el vaso de ginebra y lo bebió. luego vino a la barra.

-Póngame un whisky.

se lo puse.

-Su novia no ha pagado la ginebra.

él me miró. se sentó en un taburete. bebió el whisky.

-No es mi novia.

-Ya no, desde luego.

-Sólo está enfadada.

-¿Por qué?

volvió a mirarme, esta vez sin sonreír.

-Disculpe mi indiscreción.

-Ella cree que estoy loco.

-¿Lo está?

-¿Y quién no? Es imposible no estar loco. Incluso ella está loca. Completamente loca. La locura zumba en su cabeza como una abeja que no para de picarle.

-Esa es una buena analogía. ¿Es usted escritor?

-Sí. ¿Y usted?

-Si fuera escritor no estaría trabajando en un bar.

reí un poco y él soltó una carcajada.

-Esa... – encendió un cigarrillo. – es la mayor estupidez que he oído en mi vida.

-¿Su novia no suele decir estupideces?

se quedó pensativo un momento.

-Retiro lo dicho.

-¿Qué les ha sucedido?

-No sé si podría contárselo.

-¿Quién no confía en un barman?

-¿Cómo sé que es un barman?

-Confiando en mí.

-¿Y si me defrauda?

-Estoy loco.

-¿Qué?

-Que podrá matarme.

le rellené la copa.

-Ella no ha pagado la ginebra.

-No se preocupe por eso. Yo la pagaré.

-Gracias.

-¿Quiere oír la historia?

-Nada me haría más feliz.

sonrió y apuró la copa de nuevo de un trago.

-Va a lograr emborracharse.

-No me vendría mal andar ebrio.

-¿Va a escribir un libro sobre su novia?

-Quizá lo haga.

-Es una historia que deba escucharse, entonces.

-Quizá lo sea.

pidió otra copa y la bebió de un trago.

-Está enfadada porque he matado a su madre.

lo dijo con una indiferencia absoluta. miró al lado y echó el humo. vació

la ceniza. luego me miró.

-Haga lo que quiera, pero no me denuncie.

rió.

-Además de escritor, es usted un asesino. Eso sí que no me lo esperaba.

-No lo hice a propósito. Quería matarla a ella, pero su madre se puso por delante. Quizá por eso está tan enfadada. No hay quien la entienda.

-¿Qué hay que entender?

-Ella siempre se estaba quejando de la vida. Le dije un par de veces que la mataría y le ahorraría el sufrimiento. Pero ella siempre se negaba. Hasta que un día aceptó. Tal vez iba algo bebida de más. Pero aceptó.

-Y luego se enfadó.

-Exacto.

-No hay quien la entienda.

reí y rió.

-¿Cómo se llamaba? – pregunté. me miró. – Su novia.

-Ginebra.

-Es un nombre bonito.

-Ella nunca lo vio así. Si lo hubiera visto, su madre seguiría viva.

-¿Y habrá funeral para ella?

-¿Para su madre?

-Sí.

-Eso creo.

le puse otro whisky y apagó el cigarrillo.

-Incluso lo pagaré yo. Uno debe hacerse cargo de sus errores. Por loco que esté.

-Una frase muy cierta, amigo.

sacó la cartera y pagó la ginebra y el whisky.

-Tal vez la mate en llegar a casa. Si vuelve por allí.

-¿Por qué?

-Porque fue mi error.

-Y ha de hacerse cargo de él.

-Exacto.

-Mate antes a su padre. Por si se pone delante. No quiera tener otro error.

me miró sonriendo. no reía. sonreía.

-¿Querría venir al funeral?

-¿Al de la madre?

-Al de Ginebra.

-Sería un auténtico placer.

-Vendré aquí cuando la mate.

-Ya sabe dónde estoy.

se fue a marchar. yo tenía una escopeta debajo de la barra. era un loco. no podía denunciarle. la cogí y la desamartillé. le apunté cerró la puerta, sin darse cuenta. me puse un whisky en su vaso y guardé la escopeta. había sido mi error dejarle marchar. algún día me haría cargo de él, después de ir al funeral de Ginebra.